II

Les acogieron en la tertulia simpáticamente, como se acoge á la gente rica, moza y sin penas, que trae consigo atmósfera de alegría. La marquesa besó á Ana, la dió golpecitos en el hombro, la sentó á su lado, hízola mil preguntas acerca del viaje, prometió una visita al nido, una sorpresa que daría convidándose á almorzar.

—Me echaréis cuando se os antoje—decía riendo.—Después de cinco meses, me parece que aunque os robe una mañanita...

Mientras Ana protestaba afectuosamente y se dejaba *curiosear* las joyas y el traje, Alfonso registraba la concurrencia, con la sorpresa del que, á la vuelta de sucesos que han modificado esencialmente su vida íntima, encuentra el mundo exterior idéntico, invariable, como mar que no se altera por el surco de la quilla. Allí estaban las mismas de antes, hablando con los mismos de siempre: y Alfonso reflexionó que el sigisbeismo de salón afrenta, con su constancia,

al amor y á la amistad verdadera.—Allí, alrededor de las acostumbradas mesas, los eternos tresillistas, las consabidas cabezas calvas y los consabidos moños con peinetas de brillantes, disputándose una puesta ó persiguiendo un codillo.—Allí, en el propio sofá imperio de raso azul y verde, el propio grupo de muchachas, airosas como ninfas, vestidas de colores finos, sin una alhaja, arremangado el pelo para descubrir la sedosa nuca, rientes las claras pupilas, cual si en el medio año transcurrido ningún pensamiento grave, ningún desencanto doloroso hubiese caído en su alma, depositando el sedimento de una reflexión...

La idea de monótona continuidad que este cuadro infundió en la mente de Alfonso, disipóse al recibir una impensada sacudida, que le estremeció hasta el tuétano de los huesos. Entonces comprendió que la sociedad no es inmutable sino por fuera, y que bajo la superficie lisa é igual bullen y hierven las pasiones y el drama.—Lo que sorprendió á Alfonso; lo que le hizo afluir toda la sangre al corazón y bañársele las sienes en sudor frío, no fueron más que dos ojos, ó por mejor decir, un alma que fulguraba en ellos. Y ni el alma ni los ojos pertenecían á una mujer. Era un hombre, apuesto, descolorido, como de treinta y cuatro años de edad, rubio y alto, el que, recostado en la puerta, miraba al marido de Ana con intensidad ardiente.

La relación de lo moral y lo físico aparece, más patente que en cosa alguna, en el efecto

de la mirada. Si una persona nos sigue en la calle, mirándonos fijamente, acabamos por volvernos, sin saber á qué atribuir el movimiento involuntario. Esto le había sucedido á Alfonso: un imperceptible hormigueo en la espalda precedió á su vuelta de cara á la puerta desde la cual le flechaban los garzos ojos de su enemigo. Porque sólo un enemigo mira de tal suerte, y sólo el odio hace competencia al amor cargando de flúido magnético las pupilas. La ojeada le dolió tanto á Alfonso, que sintió deseos de imitar al héroe del *Elixir de larga vida*, de Balzac, reventando los ojos que así le apuñalaban.

Aquél era, aquél, el maldito acreedor, el que aparecía después del festín reclamando la deuda de honra. Su mirar lo decía todo. Equivalía á la reconvención más enojada, á la intimación más fatídica. Decía á voces, sin que le pudiese oir nadie, excepto el interesado: «Qué, ¿ya no te acordabas de mí? Soy Ramiro Dávalos, tu antiguo amigo y compañero de fiestas y zambras. Me demostrabas entonces gran afición; nos llamaban en broma *los inseparables*. Una noche, que me recogí más temprano que otras veces, sentí un rumor sospechoso en el cuarto de mi hermana. Violenté la puerta y te cogí como al ratón en la ratonera. Te saqué de allí medio á rastras, y te llevé á mis habitaciones: estabas lívido. Yo me dominaba, y con voz bastante firme te dije que señalases día para la boda. Callabas como un muerto, y tu silencio me irritó hasta el punto de que te agarré de un

brazo, mientras tentaba en mi bolsillo el revólver que suelo llevar. Apremiado, hablaste por fin. ¡Más valiera que te hubieses quedado mudo! Dijiste una infamia... ¡Aún tiemblo de ira!—Que se case Alcántara... ó Gonzalvo... Hay el mismo motivo...—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo me retorcí bajo el sangriento bofetón? Pero Dios me tuvo de su mano... y en vez de clavarte las cinco cápsulas de mi revólver en el pecho y en la sien... abrí la puerta y te hice seña de que podías salir. Y cuando, avergonzado y corrido, te pusistes á mis órdenes para zanjar nuestra disensión, armas en mano, te respondí con el supremo desdén del que es dueño de sí propio:—No me hagas tan necio que ahora te provoque y me bata contigo. Todo Madrid se enteraría del motivo, y pagaría el escote la honra de mi hermana. Pero tranquilízate: ya nos encontraremos en tiempo y sazón. La venganza es manjar que sabe mejor comido frío. Hasta cuando Dios quiera, Alfonso.—Y esperé; ¿no ves en mi cara la señal del esfuerzo sobrenatural que me costó mi paciencia? Al fin te casaste, y á mí me han salido canas, mientras recorrías el extranjero con tu linda novia. Pero al casarte te has entregado... Ya te tengo. Prepárate...»

Esto y mucho más leía Alfonso en los ojos terribles que de pronto, como linterna que corre el vidrio obscuro tapando su luz, se desviaron, se extinguieron, mientras Ramiro Dávalos, abriéndose paso por entre colas y fraques, se dirigía hacia su deudor y le tendía la mano, si no muy cordialmente, al menos con naturalidad

sencilla y de buen gusto. Alfonso alargó su diestra trémula, y las dos manos, al tocarse, se repelieron como si el contacto hiciese saltar de ellas abrasadoras chispas.

Trocaron palabras insignificantes, y al punto Ramiro, sin afectación alguna, se acercó al confidente donde estaba Ana (que era de estos de dos caras), y ocupó el asiento libre.

Prestan los tales confidentes al diálogo, desde el primer momento, carácter de intimidad. Hay que volverse mucho, inclinando todo el cuerpo hacia la persona que nos habla; y mientras el dorado y retorcido respaldo aísla, la postura aproxima y las cabezas casi se tocan. Así estaban las de la señora de la Cueva, y el galán Dávalos; platicaban de cosas indiferentes, y desde lejos su palique parecía secreteo confidencial sobre algo que á los dos importaba mucho.

En la conciencia de Alfonso, tan mínimo incidente revestía proporciones que le alarmaban.—«El registro es viejo, pero de efecto seguro,—pensaba la Cueva.—Honra por honra, dirá Ramiro: Ahora yo comprometo en público á tu mujer y te obligo á provocarme, con lo cual si algo se murmura será á tu cuenta, y si las lenguas se dan gusto, peor para tí.» –Repito que este súbito recelo que le entró á Alfonso no tenía más fundamento serio que los resquemores del pasado. En sociedad se ven á cada momento apartes, largas chácharas y obsequios de galán á dama, que duran una noche, y que ni se interpretan mal, ni hay por qué, si hechos ulteriores no añaden leña al fuego de la mali-

cia. Pero téngase en cuenta que llovía sobre mojado, que la conciencia acusadora estaba despierta para dar la señal de alarma, y que además era la primera vez que Ana se dejaba ver en público desde su boda,—y entonces se comprenderá que Alfonso frunciese el ceño al advertir que Dávalos, otreciendo el brazo á Ana, se la llevaba al comedor.

Siguió á la pareja el marido, desprendiéndose como pudo de la gente que le interpelaba y le embromaba felicitándole. Sorda inquietud, irritación que le hubiese sido imposible fundar en cosa alguna, roía su pecho. No quiso intervenir, temeroso de parecer ridículo, pero acercóse lo bastante para no perder un solo movimiento de Ramiro Dávalos. Este se dedicaba á servir á la señora de la Cueva, lleno de atención y solicitud, presentándola el plato, el cuchillito, el vaso de ponche sueco, recogiéndola de las manos lo que ya la estorbaba, indicándola una silla bien situada, y luego llevándola á que viese las nuevas adquisiciones de la marquesa de Lanzafuerte, las bandejas de plata repujada, las lozas antiguas que decoraban la pared. Nada tenía de particular todo ello: era la tarea acostumbrada de la cortesía en casos tales. Sin embargo, considerando que Ana salía al mundo, casada, aquella noche; que á Dávalos se le sabían ciertas historias poco edificantes y menos probantes de su respeto al ajeno hogar, y, por último, que el antecedente del agravio justificaba la sospecha, Alfonso vió ya claramente en el proceder de Dávalos una

bien calculada maniobra para sacarle de tino. No tenía Ana las mismas razones que su esposo para extrañar la conducta de Dávalos, no obstante, su instinto la avisó de que allí pasaba algo singular por lo menos, y con disimulo miró alrededor, por si divisaba á su marido. Así que le vió, sus ojos se cruzaron: los de él expresaban ya angustia, y ella, notándolo y sintiéndolo, se levantó para aproximarse á Alfonso. En el mismo instante la anciana y sorda vizcondesa de San Jordi se pegó al marido de Ana, y á gritos empezó á preguntarle detalles del viaje de novios, y por su parte Dávalos, fingiendo no comprender el motivo del movimiento de Ana, redondeó el brazo y se lo otreció á la señora, hablándola con animación, en tono abierto y festivo, de cosas absolutamente indiferentes, tranquilizadoras para la más recelosa mujer.

Porque fué la habilidad de Dávalos, en ocasión tan decisiva, no alarmar á Ana con galanterías ni con la menor frase indiscreta, de modo que mientras desde lejos parecía cortejarla, de cerca sólo parecía que la tributaba el respetuoso y cordial agasajo debido á la señora de un amigo, del *inseparable*, separado ya por el matrimonio. Ana no ignoraba la antigua intimidad de Ramiro y Alfonso: el que se hubiese resfriado algún tanto lo atribuía á lo más natural y sencillo, á la boda. Y creyendo ver en el obsequio de Dávalos una discreta indicación de que festejaba el nuevo estado de su amigo, hasta que los ojos de Alfonso la avisaron, se

prestó sin temor alguno á lo que nada de extraño tenía.

Hallábanse Ramiro y Ana cerca de una de las dos puertas del comedor, esperando á poder atravesarla para volverse al salón; mas como el racimo de gente que la obstruía no permitiese el paso, Dávalos llevó hábilmente á la señora hacia una especie de hornacina forrada de felpa roja, donde sobre estantillos enflecados se lucían curiosos y soberbios ejemplares de porcelana del Retiro y loza alcoreña. Mientras la decía algo muy elogioso para aquellas ricas piezas de cerámica, la iba acorralando con maña en el hueco, semejante á un oratorio japonés, y se quedaba á sus espaldas, obligándola á admirar y detallar de cerca los primores de un grupo ornamental, una nube de blancas ninfas, que trepaban por un montecillo, blanco también como la cuajada leche. Al mismo tiempo dirigía Ramiro una mirada circular á los ámbitos del comedor y á las puertas, cerciorándose de que todo estaba como podía convenir á sus planes. En la puerta inmediata al hueco ú hornacina, se apiñaban dos ó tres señoras y otros tantos hombres, que antes de decidirse á entrar en el comedor, echaban un párrafo, y que, si bien aparecían distraidos por la charla, no lo estaban tanto que no pudiesen observar lo que en el comedor sucedía, á poco que mereciese ser observado. Formaba parte del grupo (y Ramiro lo notó con fruición), el conde de Cetina, vejete verde, fisgón incansable y descubridor infalible de cuanta travesura amorosa

ocurría en la sociedad. Ramiro no olvidaba que el Conde de Cetina siempre tenía el ojo fijo en los rincones donde por casualidad ó intencionalmente se encontraban dos personas de distinto sexo. Los solteros llamaban al conde—recordando con tal motivo, en chanza, una tradición gloriosa de su ascendencia—*el vigía*.

En la otra puerta Ramiro vió á Alfonso, pronto á zafarse de la sorda, que ya le atosigaba menos. Las pupilas del marido de Ana se clavaban en Ramiro; pero éste no mostró haberlo notado, y como todo estuviese en el crítico punto favorable á sus deseos, y pudiese, dentro de un segundo, perderse la ocasión, afectó recorrer el comedor y convencerse de que allí no había más que él, Ana y un criado, que, vuelto, preparaba tazas en una bandeja... y con rápido movimiento se inclinó sobre los descubiertos hombros de la señora de la Cueva é hizo ademán de apoyar en ellos los labios. La verdad es que se guardó bien de tocar á la epidermis de raso nacarino; quedóse á tal distancia, que Ana, no pudiendo sentir la injuria, y creyendo que se inclinaba Ramiro para indicarla algo que debía notar en las porcelanas, se volvió animada, sonriendo. En cambio Alfonso saltó como un tigre, mientras *el vigía* se precipitaba hacia el comedor por no perder detalle de la escena.